

co, y el tropezarme con él después de lo ocurrido lo tuve por suceso providencial, que había de quitarme dudas y telarañas. Si yo no soñaba, ni chiflado estaba, la resurrección de Maltancito, aquella escena de fantasmagoría y de escamoteo, arte en que fué siempre tan ducho y que sin duda no olvidó en los profundos abismos donde yo le suponía condenado, se explicaría y aclararía todo fácilmente, que ya tardaba.

Me vió Angelón como bala perdida y me dió el alto, echándome encima los brazos, pues aunque me tenía por rival y rival afortunado, siempre me trató con respeto y afecto; merodeador de cercados que guardaran faldas, al solo objeto de sus caprichos y sus vicios, no tomaba á pecho resistencias y saltaba del uno al otro sin interesarse más que en triunfar donde podía y como podía.

— Ya sé de dónde viene usted, Sr. Riquez — me dijo el hermoso gandul con descaro; — ¡cita tenemos y á media noche! Perfectamente; ¡pero le advierto á usted, como buen amigo suyo que soy, que ha regresado el marido!

— ¡El marido! — exclamé yo, sin cuidarme, con la sorpresa, de disimular ni defenderme.

¡Pues, claro!, ¿no sabía yo que había marido de por medio y marido terrible? ¿En qué planeta vivía que lo ignoraba? Contesté que sí lo sabía, ¡vaya!, y sentí que mi cabeza se abrasaba más que antes. Angelón enlazó su brazo con el mío y echamos á andar, no sé si para abajo ó para arriba. Tampoco recuerdo si fui

yo indiscreto y le pregunté algo ó me atreví á insinuarle tal ó cual cosa que con Delfina se relacionara. Lo cierto es que por aquellas callejas tristes y desiertas, se le soltó á él la lengua y á mí se me abrieron los oídos y se me achicó el corazón. Como pájaro á quien una por una se le arrancan las plumas de las alas, y á cada tirón sangra, se queja y se estremece, así me arrancó mis ilusiones, una por una, aquella noche, el Angel de las tinieblas que me acompañaba y me dejó también sangrando y dolorido.

No me contó, en realidad, nada que extraordinario fuera para los demás, sino una historia vulgar y repugnante. De no ser Delfina parte principal y figurar yo en ella, aunque de incógnito, haciendo el bobo del sainete, me guardaría de repetirla aquí, primero por decoro, segundo por vergüenza propia y luego porque me causa pena hablar mal de aquélla á quien, á pesar de su falacia é indigna como pocas, consagro aún afecto compasivo. Pero no seré yo el que hable, sino Angelón ó sea la verdad histórica en persona, de la que no cabía dudar, pues confrontados sus datos con los míos resaltaba la exactitud más rigurosa. ¡Ay!, ¡qué noche!

Y dijo Angelón... Los primeros capítulos me los sabía yo de carretilla. Añejo todo esto, decía al narrador:

— Bueno, adelante, adelante.

— Verá usted.

Y ¡zas!, me arrancó la primera pluma. En lo peor

de los apuros de D. Isafas y cuando el negocio del café se ponía más negro, apareció Tejera, D. Gaspar de Tejera y Riquez, un viejo verde de mucho cuidado y riquísimo... ¿Pariente mío, acaso, por lo de Riquez?, ¿no le conocía? No, no le conocía. Pues, este Tejera, amigo de la familia de tiempo atrás, metido en la casa cada lunes y cada martes al olor de ese apetitoso cebo que se llama *esposa abandonada*, más fácil de atrapar que ningún otro, prestó dinero á D. Isafas, recibió con caballeresco estoicismo todos los mandobles del marido y puso á flote á sus buenos amigos, cobrándose los intereses que son de suponer...

Mis pobres plumas caían á puñados. ¡Ay!, ¡maldito Angelón! Bueno. Lo de Tejera duró mucho tiempo; años. D. Isafas lo sabía, misia Candela lo sabía, el marido, ¿no había de saberlo si cada mes cobraba su crecidito estipendio? Pero tuvo el negocio sus intermitencias y borrascas. Harta de vejece, Delfina padeció caprichos: una vez por un Esquendo, no el cuñado conocido, sino un hermano menor; otra, muy pertinaz, por un uruguayo de rumbo, y otras, ¡vaya usted á contarlas! Berreaba, entretanto, el amante viejo, y como amenazaba con el plantón, y el plantón era la ruina y el derrumbe de aquella familia, el padre y la madre intervenían para evitarlo, y se dió el caso (en una de las retiradas más largas y que parecía definitiva) que fuera el mismo Maltán á interpelarle, explicarle y suplicarle, con lo cual seguía el pandero como antes, á gusto de todos.

En esto reventó D. Isafas. Y sea que considerase ya muy pesado el fardo, ó por razón de nuevos caprichos de la dama, Tejera se retrajo y la falta de su bolsa produjo desastrosos efectos: se amontonaron las trampas, se sucedieron las riñas y no hubo tranquilidad mientras no cayó otro pez gordo en las lindas manos de Delfina... Y así hasta el día de la fecha. Cuando había quien pagara, Maltán vivía en grande al lado de su mujer, dejándole la libertad necesaria; cuando no había, Maltán se alzaba con la última limosna y emigraba lejos, no regresando hasta no estar bien ocupado puesto tan importante para la vida de esta familia ejemplar. Y tenía olfato tan fino, que dijérase le prevenían en seguida, pues su regreso nunca era en vano... Entretanto, los pipiolo de la casta de Angelón hacían la rueda para entrar á picotear, si les dejaban...

No insistiré más en tan espantoso relato. Excuso detalles en que el perverso narrador se complacía, incidentes nuevos, páginas enteras de abominable crudeza. ¿Qué he de decir de mí, si no habrá quien no lo imagine cómo quedara al enterarme de tan horribles hechos? Me ahogaba. Hablar no podía, y si el otro no me lleva colgado del brazo, doy con mi cuerpo en la acera, como un borracho. Asimismo, llegó un momento en que me fué materialmente imposible seguir adelante y busqué el apoyo de la pared, que el del joven no me bastaba, mientras, enardecido por el placer intenso de su ejercicio de quita-honras, Ange-

lón me estrechaba más, echándome á la cara los últimos escupitajos de su historia.

— Conque, Sr. Riquez, andarse con mucho tiento, que la hembra es de las que mandan fuerza. En cuanto al marido, no sea usted tonto: en vistiéndole y dándole para sus vicios le tiene usted como la seda. Y ya que en sus manos está la llave del paraíso, acuérdesse de nosotros y déjese entornada alguna vez la puerta.

La desvergüenza me sonó como una bofetada. Yo no podía sufrirla; no podía sufrir tampoco que á mí, hombre de severos principios, por un cúmulo de apariencias fatales se me supusiera en bajos tratos con la cáfila de Maltanes rufianescos. El dolor de lo que había oído se mezcló á la indignación, al horror de que yo, D. Perfecto, fuera acusado, menos aún, sospechado de concomitancias semejantes, y dije al Angelón ó demonio aquel:

— Señor mío, usted se equivoca completa, absolutamente. Declaro que de cuanto usted me ha referido ignoraba hasta la primera letra. Yo creía á Delfina Daver honrada. Yo creía á Delfina Daver viuda de Maltán de Pablos. Y si usted me ha visto entrar en su casa con frecuencia y salir á horas, como esta noche, que no son regulares, no lo atribuya usted á nada pecaminoso: yo soy un hombre honesto, temeroso de Dios, esclavo de mi deber, caballero de la virtud y del honor, devoto de la moral cristiana... Si usted me ha visto, repito, en casa de quien yo por señora tenía y como señora respetaba, atribúyalo á honrados pro-

pósitos míos, honradísimos: sepa usted que yo iba á ofrecer mi mano de esposo á la que para mí era la viuda de Maltán de Pablos y que su... franqueza de usted ha hecho rodar hasta lo más sucio del arroyo.

— ¿Esposo de la Maltán?, ¿casarse con Delfinita? ¡Hombre!, ¿está usted loco ó qué?

Rompió á reir el maldito, con tanta gana, tan estrepitosamente, que el eco de sus carcajadas escandalizó la calle. He dicho que Angelón me había respetado siempre y considerado como yo lo merecía; pero apenas oyó mi ingenua declaración y se con-



... me dió un soberano apabullo en el sombrero

convenció de que lo que el *caballero de la virtud* decía era verdad, me tuvo por persona mema y digna de ser toreada en firme, y sin más ni más, sin parar de reir, me dió un soberano apabullo en el sombrero, recogió unas piedrecitas y me las tiró, como los pilluelos á los borrachos, diciéndome á cada una que acertaba cosas de broma, palabrejas de sentido equívoco, las que fueron subiendo de tono conforme advirtió que yo no me defendía ni me curaba de contestarle más que con una que otra razón muy comedida. Y subieron tanto, y tanto arreció en sus risotadas y en la grosera aunque inocente pedrea, que por no hacer mal uso del bastón quise dejarle, poniendo á salvo mi dignidad y mi cor-

dura del peligro de tan malhadada ocasión; pero como era aquel barrio (no sé si continuará siéndolo) de los de turbia fama, en dos ó tres casas de las vecinas, y no de recogimiento, á la escandalera de Angelón se mostraron, asomados á balcones y ventanas, hombres y mujeres, seguramente poco aprensivos, que sin averiguar lo que ocurría, por humor de jarana, á que esta gentuza se halla siempre dispuesta, dieron en gritar al compinche de la calle:

— Angel, Angelito, ¡duro con él y escarmentarle!

Indudablemente, no tenía Angelón intención de pasar á mayores. Sin embargo, aquellas voces y mi actitud prudente le animaron á proseguir la chanza, á la vez que, secundando el juego, de los balcones dispararon contra mí pelotas de papel y algún otro proyectil de este calibre; y como yo era solo y ellos muchos y yo tenía vergüenza y ellos ninguna, abandoné el campo á escape, corrido por la rechifla general: Angelón hacía con las manos bocina y me gritaba:

— Caballero de la virtud, moralista, traga-papas, ¡que te alivies!

Volví la esquina, como si me persiguieran mastines, y libre de la canalla, limpié y puse orden en mi traje y enderecé por el camino más corto, ó mejor dicho, traté de enderezar mis pasos hacia el sitio en que mi coche me esperaba, precisamente en el lado opuesto de la plaza... ¡Ay! No me dolían á mi los desafueros recientes, que acostumbrado estaba á ser burlado cada vez que descubría mis ideas y sentimientos; dolíanme

las revelaciones de Angelón, de manera tan punzante y atroz, como si en las propias entrañas llevara el hierro clavado; dolíame de mi candidez ingénita, que á peligros tan grandes, á vergüenzas tan irremediables me exponía, y á pesar de la burla soez, que disculpaban la edad y la mala educación, daba á Angelón las gracias y bendecía la hora de su encuentro y de mi extravío, porque si no le tropiezo y al salir de la casa siniestra subo á mi coche, ¿qué fuera de mí en manos de la pareja malhechora? ¡Angelón, Angelón, gracias, yo te perdono tu falta de respeto y tus demasías conmigo y pido á Dios que te perdone tus pecados todos!

El peso de mi desengaño, pues, no me dejaba andar, y aunque divisaba ya los faroles de mi tálburi, donde el muchacho que me acompañaba debía estar más dormido que un poste, hube de hacer grande esfuerzo para alcanzarle. Confieso que iba aturdido, completamente aturdido. Me hervían dentro las ideas, los recuerdos, y en el desconcierto interior flotaba, como nube negra en cielo de tormenta, la horrible silueta de la Delfina traidora y corrompida. ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Llegué, al fin, á mi coche y me arrojé en mi asiento pesadamente, despertando al muchacho, que se asustó de aquel bulto que en silencio y de golpe le caía encima, como una maza. Yo no le hablé; recogí las riendas y el látigo y azucé al caballo sin marcarle dirección, que ya sabría él llevarme á aquella fortaleza mía donde embutido quedaría para siempre y á cubierto de nuevos golpes de la realidad implacable. El chico,

amodorrado aún, me preguntó qué hora era, y yo no quise decírselo, porque debía de ser la una ó las dos de la madrugada y me encendía de vergüenza que él se diera cuenta de las andanzas sospechosas de su amo.

¿Qué hora era?, la de la retirada definitiva, de la reclusión voluntaria y absoluta, de la abdicación completa de todo sueño, del apartamiento de todo roce mundano. Como á los locos por locos se les encierra, don Perfecto por bueno debía también ser encerrado. Para que no le engañaran y burlaran, para que no sirviera á los otros, cuando no de provecho, de risa. Bien arrinconadito, sin que le diese el aire ni el polvo, no correría ya peligro alguno.

El caballo trotaba, dormía el muchacho de nuevo, y este fué el momento en que me vino á la memoria y á los labios aquella amarga oración de mi infancia, que parecerá acaso una blasfemia, y séalo ó no lo sea, como queja nada más la soltaba:

— ¡Oh, Satanás!, ¿por qué no me escuchaste y me hiciste malo, ó por lo menos me concediste una partícula siquiera de la maldad necesaria para caminar en el mundo? ¿Ves cómo me tratan? ¿Ves cómo me han puesto?

Aquel cuadro de mi alcoba con el San Miguel á caballo sobre el diablo, se me representaba al revés, con el diablo sobre el arcángel vencido.

Pero me pasó una cosa muy singular. Que á medida que el caballo trotaba y dejando íbamos atrás la ciudad maldita, delante de mí el cielo se aclaraba poco

á poco, las estrellas palidecían y el lejano horizonte, que es la imagen del porvenir, resplandecía con cambiantes de nácar; pero lo singular no era esto del amanecer, naturalmente, sino que dentro de mí, á la obscuridad y al dolor, con la luz matinal y la frescura del céfiro y los efluvios de los campos, sucedían también consoladoras claridades de esperanza, y como paloma que alegre vuela y sin cuidados, el alma inocente de D. Perfecto se elevó hasta el Señor...

X

Esto ocurrió el 73. De entonces acá no vi á Delfina más que en una ocasión, poco después de inaugurarse el tranvía que liga mi barrio á la ciudad y ha sido nervio de su progreso: estaba la infortunada bastante estropeada ya, cubierta de pintura y con el aire de quien se ha echado la vergüenza á la espalda; se atrevió á sonreírme, mostrándome el ancho portillo de dos dientes que la faltaban. Como el que huye de la peste, me bajé en mitad del camino; y durante largo tiempo tuve pegada á la retina aquella repelente figura de mujer, que fué mi ideal. ¿Murió? Creo que sí, que el vicio vive poco. ¿Y Maltán? Ése debe de vivir aún, porque las raíces de la maldad son tenaces, y cercenadas y todo en cualquier terreno lozanear y perduran.

Yo me había dedicado á la educación del nuevo Arturo y al cuidado de mis intereses, y paulatinamente la paz se asentaba en mi alma. Reducido el mundo